

Nuestro capitán es sueco. Alto, sus ojos nórdicos, celestes, recuerdan, por alguna razón, a aquellos horizontes marítimos que palidecen de frío. Sin embargo, no es lo que aparenta. Antes del anochecer, sale de su cabina y pronuncia su discurso, en alemán. A pesar de que no lo comprendamos, de algo no cabe duda: lee la Biblia. A diario, como si fuese un reloj de precisión, aparece frente a nosotros e impone su texto. Su voz, su mirada, producen un eco azul-metálico. A veces, no se contenta con la mera lectura y explica. Sus explicaciones no difieren, mayormente, del tono habitual: guardan una cadencia semejante a un golpe sobre un sólido yunque.

¿Qué pretende?, se preguntan los hombres, no sin temor. Los años en los campos de concentración, en el errar, nos hicieron desconfiados. Las palabras que no traen provecho nos son dolorosas como la hipocresía misma. Con mayor razón si provienen de textos sagrados y, más aún, si las emite un extraño a cuya merced estamos.

¿Qué pretende? Seguramente quiere algo. Quizá no es voluntario y, más bien, se trata de alguna decisión. Intenta narcotizarnos: al despertarnos, ya no estaremos aquí. Pero en tanto sea el jefe y determine la velocidad del barco, una embarcación deteriorada cuyos motores respiran con dificultad, no podemos sino aquietarnos y contemplarlo en su gran altura, en sus ojos cobrizos, celosos, atender a su voz medida.

En ocasiones, inclina su cabeza sobre el libro y, entonces, se parece a un sacerdote protestante, un ministro mal intencionado que pretende sobornar nuestra fe. Pero, precisamente, de ser así, no tenemos por qué temer. Hemos extraviado nuestras creencias hace tiempo. El miedo que perduró en nosotros es un miedo simple. ¡Qué no hicimos por vivir! Ciertamente, por nuestros egoístas denuedos, sobrevivimos.

Entre tanto, el barco se desplaza. El mar caliente nos incendia día y noche. Sardinas hay en abundancia. Si no fuese por las tinas de agua diseminadas por la cubierta, sería posible extenderse sobre ella y respirar la árida salinidad del mar. Encuentras en cubierta herramientas que evocan otros tiempos, belle-époque de principios de siglo. Desde entonces, la embarcación sufrió distintas suertes y de barco de turismo fue degradado a carguero. En las puertas hay, aún, clavadas varias manijas de níquel ornamentadas. Sin embargo, con el correr del tiempo, las pesadas cargas han dejado sus huellas en cada rincón. Tablones perforados, latones arrugados y cuerdas similares a serpientes enfermas se disponen entrelazándose a lo largo de la cubierta.

Zarpamos hacia Palestina. ¿Quién no escuchó sobre Palestina? El capitán sueco llama a Palestina «Tierra Santa». Precisamente estas palabras, anidadas en nosotros como un eco débil de nuestra infancia, nos provocan una dura retracción. Quien hable de santidad, será doblemente sospechoso.

El anciano rabino, otrora comprometido con nosotros, no dice palabra. Fuma un cigarro tras otro y no le impresiona la vehemencia del capitán. Con los años, su imagen se hizo a la nuestra. Sus sobrinos lo abastecen de sardinas y tabaco. Hace tiempo que dejaron de pedirle consejo. Se le piden certificados, se le hace firmar testimonios sobre todo tipo de documentación, que dudosamente sirven a alguien. La razón es simple. El hombre, en última instancia, no es libre. ¡Quién sabe qué leyes rigen en Palestina! ¡Quién sabe qué delatores llegaron a ella! Ninguna coartada estará de más. Antes solía negarse

a firmar papeles sin previamente corroborar su autenticidad. El mismo los leía. Ahora ya no verifica más. Firma cualquier escrito que se le presente. Si es eso lo que los hombres reclaman, por qué negárselo.

Así se desplaza la embarcación sobre las olas. El avance, sin embargo, es extremadamente lento. De cuando en cuando brotan islas y brumas como señales difíciles de interpretar. Y desde que sale el sol hasta que se pone, el capitán y su rítmica lectura. Hay que agradecer: no faltan fuerzas. Pero, ¿qué pretende? Ya recibimos nuestro castigo en este mundo. Y si se trata de castigos futuros, parecería que a aquéllos ya nadie les tiene miedo. Sólo un hombre se ve perturbado. Una transgresión menor lo asedia y, por ella, corre de un lado a otro. Había abandonado a su padre a campo abierto. Pero, ¿quién de nosotros no hizo otro tanto? Sin duda, es otro pecado que pesa sobre sus hombros. Quizá lo golpeó o lo delató. ¿Quién de nosotros no hizo lo mismo? No obstante, el hombre nos turba. Ya aprendimos que también la locura es contagiosa.

Pero, mientras tanto, comemos, bebemos y fumamos cigarros, tantos como haya en existencia. Curiosa alimentación, egoísta hasta el hartazgo; sin embargo, nadie se abstiene de ella. Los niños corretean por la cubierta jugando y riendo, sólo cuando el capitán ocupa su rincón y nos arenga, ellos participan. Le temen a su semblante. Nosotros también. La lectura pausada de la Biblia nos aterra como una pesadilla. Inclusive, los contrabandistas más diestros, hombres crueles que no conocen el miedo, tensan sus rostros ante las apariciones del capitán. ¿Qué pretende? ¿Qué mal le ocasionamos? Nos inculca moral. Que lo haga con los tripulantes, ellos son los corruptos.

La tripulación, una mezcla numerosa de italianos, un turco y dos croatas, odia a los judíos. En sus camarotes, hay abundancia de alimentos y tabaco. Hacia allí atraen a nuestras bellas hijas. Antes, el rabino hablaba con ellas, solía impartirles normas de conducta, pero en el barco desistió. El rabino. Rabino, ¿por qué no indicas pautas a nuestras mujeres? Peticionan comerciantes y contrabandistas. El rabino no dice palabra. En campos y bosques, a pesar de todo, teníamos apariencia humana y ahora, ni eso conservamos.

—¿Qué hay que decir? —pregunta el rabino.

—Pero debes decirles algo, ¿no es así?, prevenir las del sufrimiento.

El rabino detecta su vergüenza y entorna los ojos.

Pero ahí hay un padre que no puede soportar tanto desamparo. Castiga a su hija sin piedad y a la vista de todos. Ella grita y se escabulle. Finalmente, el padre la atrapa con sus vigorosas manos. «Tú no te prostituirás», la sacude como a una bolsa. Y cuando el enojo lo descontrola por completo, son los hombres los que la liberan de sus manos. La hija esconde el rostro entre sus cabellos desordenados y llora.

—¿Qué quieres de ella? —increpan los contrabandistas—. ¿Temes por su futuro? La vida no es eterna, déjala gozar un poco.

Dos semanas de navegación. El mar mudó su aspecto, ahora es verde oscuro y encrespado. El tabaco se consume y agota, sin él las manos tiemblan. Los motores, fatigados, respiran con dificultad. La despreocupada tripulación no está particularmente inquieta. Nos contempla con mirada burlona, insípida.

El capitán continúa con lo suyo: el pueblo elegido regresa a la tierra elegida. ¿No

es esto, acaso, una señal del cielo? La promesa divina descorrió su velo. Ahora, puede vérsese cara a cara.

—¿Qué pretende? —se conduelen comerciantes y contrabandistas—. ¿Cuál es su ocupación?

Si tan siquiera, fuese posible cerrar los oídos. Pero, qué hacer. La voz del capitán es penetrante y medida. Como si estuviese unida a un tambor batiente. Al final, se pone de pie y eleva una plegaria, su oración nos atraviesa como espinas.

Puesto que no hay más tabaco, nos robamos unos a otros. Este hurto es lo más despreciable de todo.

—¿No te avergüenzas?

—No era mi intención, las manos son las culpables.

—No te hagas el tonto.

—Te lo juro —dice el hombre y pasa su cuchillo por el extremo de sus dedos—. Sangre, ahora deberás creerme.

¿Quién nos sedujo a embarcarnos aquí? ¿Y quién nos garantizó buenas nuevas? Al rabino, de todos modos, no se lo puede inculpar de promesas vanas. Se había embarcado con una profunda tranquilidad espiritual, como todos nosotros. Ahora sabemos que quienes nos aseguraron un mañana no están aquí. Estamos desamparados como nunca lo estuvimos, ni siquiera en los campos de concentración. El judío es una criatura ingenua. No digas eso, di fascinable, tampoco esto, di repulsiva. Así conversan entre sí los comerciantes, mancomunados por sus caras engordadas, recitando hermosas anécdotas. El desastre jamás acude si no se lo invita. Pero, de qué ayudarán las palabras, son tan abominables como las latas vacías de sardinas que ruedan por cubierta. Un olor fétido asciende de todas partes. Y cuando más nos embisten los días, tanto más se ensaña el capitán. En un principio, había cierta ternura en su ritmo discursivo. Ahora nos tortura como si fuésemos la desprejuiciada tripulación del barco. «¿Es que ustedes no entienden? ¿Acaso no ven? ¿Qué más debo hacer?», brama su voz. Se reconoce en el semblante: está enojado. Se encerró en la sala de máquinas y solamente en sus horarios ya determinados sale y pronuncia su discurso.

Apenas unos pocos meses atrás aún éramos hombres: castigados y perseguidos, pero no ausentes de esperanza. Nadie nos había oprimido ni dictado normas. No éramos héroes pero tampoco insectos. ¿Acaso no nos ve el capitán tal como somos? ¿Por qué se mofa de nosotros llamándonos pueblo de Dios, pueblo elegido? ¿Quién necesita de esta estúpida alegoría? No nosotros. Que nos deje con nuestra pequeña herida.

La efervescencia en cubierta crece, se multiplica. El enojo ha trazado su propio sendero y cuenta ya con su objetivo: el sueco. El capitán está muy delgado esta última semana, sus prendas militares quedan holgadas y en su mirada azulada arde un tipo de llama azul y de malos presagios. Quizá sea un miserable asalariado, quizá un cura, pero jamás un hombre al que se le pueda decir «déjanos». Las creencias no nos son necesarias. «Danos cigarros; sin tabaco somos carniceros.»

El capitán no escucha. Noche a noche aparece frente a nosotros y lee. En los últimos días suele aparecer dos veces. Ahora ya no cabe duda: la fe irriga su interior y con esta energía nos somete al sufrimiento. En nosotros esto despierta un profundo odio. Y ya se

producen las primeras señales del motín. El sueco no carece de sensibilidad, percibe esto y entonces su voz truena.

—No nos digas qué es una plegaria —increpan comerciantes y contrabandistas—. Lo sabemos muy bien. Si se trata de conocimientos, nuestro rabino sabe la Biblia de memoria.

—¿Por qué, entonces, no creen? —enarbola el capitán su mirada azulada, inquiriente.

Difícil conversación que se prolonga a lo largo de las horas, en un primitivo pero comprensible alemán. Los días aquí modificaron, en parte, los rostros de traficantes y contrabandistas. Es reconocible: aún hay cierta opacidad en ellos, algo que no cambiarán ni siquiera por el precio de sus vidas. Están dispuestos a exponerse. Que el capitán dirija su embarcación sobre las aguas y se abstenga de creencias y de ideas. Esta travesía no la pedimos nosotros. Pero el sueco no desiste. «Pueblo de Dios», implora, «todo depende de ustedes».

«El provecho no lo cambiaremos por ningún consuelo. Tienes el derecho a llevarnos a donde te plazca. Incluso al infierno.» Así vociferan los contrabandistas.

Y mientras el combate verbal prosigue, el capitán desaparece de la vista. Un silencio se adueña de la cubierta, una calma sin brisa como la esencia de la vacuidad. Y los hombres se envolvieron en las frazadas descosidas y el padre, cuya hija fue seducida por la tripulación, gime con voz tenue. Su hija yace sentada a su lado, cubierta por una manta, sus cabellos delgados, enmarañados, como un ave castigada. El hombre solloza para sus adentros con voz monótona: «Durante todos los años la protegí, ¿qué será de ella ahora?».

—Esta no es una catástrofe —dicen los hombres—. Hemos visto cosas peores.

—Esta es la más grande de todas mis catástrofes —replica el hombre.

—Y bien, ¿qué quieres?

—Nada.

—Entonces, termina de lamentarte.

Es curioso. El hombre dejó de lamentarse. La fría calma regresa y esconde a los hombres en los cobertores apolillados.

—¿Por qué provocar al capitán? —concluyó uno de los comerciantes.

—El hombre no es un insecto —replicó un contrabandista.

—Es difícil confesarlo, pero, sin embargo, dice el hombre con tranquilidad, es un insecto.

Y entre pesarosos vocablos tácticos, cuentos que inducen terror y gemidos tenues, la tripulación toma el mando del barco bajo las órdenes del oficial de máquinas. Al anochecer hizo su aparición y declaró escuetamente: «El capitán ha perdido la razón. Me he nombrado a mí mismo capitán. La embarcación prosigue su ruta de acuerdo a lo previsto, hacia Palestina.»

Un gran alivio, como posterior a un desastre superado, aleteó sobre nosotros. Bien sabíamos que la tripulación era corrupta y el oficial de máquinas engreído, pero nadie lamentó la demencia del capitán sueco. Como si nos hubiésemos esperanzado sobre este milagro y no otro. Ya nadie vendrá a sermonearnos.

Ahora se extiende un sutil silencio, benigno, sobre cubierta y envuelve en su seno a mujeres y niños. Traficantes y contrabandistas sufren una extraña resurrección.

Nuevamente cambian monedas, se regocijan y juegan a los naipes. Entre chiste y chiste, ¿qué dices del sueco?

—No tolero parábolas.

—Y bien, ¿qué pasará?

—No me preocupa.

Ahora sale el oficial de máquinas y anuncia con sencillez: levantarse a las seis. Desayuno a las siete. Dos cigarros para cada hombre. La entrada al casino prohibida. Allí los oficiales se divierten hasta muy entrada la noche. Allí no faltan cigarros ni alcohol. Mientras allí no falte, tampoco faltará en cubierta. De haber orden, el paso del casino a la cubierta no se clausurará. Pero cuanto más se acorta la distancia, se filtra y madura una gris sospecha. Una filosa amargura corta la noche. A los muertos anónimos se los arroja al mar sin la oración póstuma. El eco de la caída se percibe con una transparencia que se entierra en nosotros como un nuevo desastre.

—Yo lo prefiero así —dice un contrabandista.

—¿Qué quieres decir?

—Prefiero llegar a Palestina sin expectativas religiosas.

—Es decir, que prefieres el oficial de máquinas al capitán sueco.

—Así es, explícitamente, sí.

—Gracias. Es un depravado.

—¿Por qué lo llamas así? El se preocupa por sí mismo.

—Y nosotros, entonces, somos el medio para satisfacer esa preocupación.

—Supongamos. Yo no creo en la redención del mundo.

Y por la noche, entre silencios, se eleva el terrible gemido del capitán. Queja tenue y apagada. De no conocer su voz, difícilmente lo hubiésemos escuchado. Nadie se atreve a dirigirse al camarote en el que está detenido. Y mientras el silencio nocturno más se fortalece, su voz declina, se hace más límpida, no ya a los oídos sino a las sienas desnudas. Es extraño. Ahora, a la distancia, cuando ya no está más, estamos enlazados a él. Pero la luz matinal regresa y acalla su voz definitivamente. El sol y la sal nos moldean hasta destruirnos. La tripulación nos tiraniza y, periódicamente, hace observaciones antisemitas. Pero nosotros somos prácticos, esta aptitud se nos hizo carne, es como nuestra piel. Traficantes y contrabandistas son nuestros maestros. El enojo es una actitud condenable. El orgullo en nada ayuda, las esperanzas son un fraude. Así nos instruyeron. Más aún, sus rostros así nos lo enseñan. Ya aprendimos que las palabras carecen de utilidad.

De esta manera, arribamos a Palestina en el mes de Av, con la sensación terrible de haber llegado por casualidad.

AARON APPELFELD

Traducido del hebreo por Iaacov Glasserman